

Sarah Gensburger y Sandrine Lefranc, *Tejer el pasado. ¿Para qué sirven las políticas de memoria?* Valencia: Barlin Libros, 2024, 155 págs.

Dos autoras francesas, la socióloga Sarah Gensburger y la politóloga Sandrine Lefranc, publican un libro en el que analizan la obsesión memorialista de nuestras sociedades contemporáneas y reflexionan en torno a la pregunta que da título a la obra: *Tejer el pasado. ¿Para qué sirven las políticas de memoria?* Investigadoras del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique) y profesoras en la Universidad de Nanterre, en Sciences Po y en la Universidad de París I-Panthéon Sorbonne, Gensburger y Lefranc publicaron su libro en 2017 en las Presses de Sciences Po. Con posterioridad, esta obra que aquí reseñamos ha sido traducida al castellano por Lucía Navarro y Alberto Haller y publicada en 2024 por la editorial independiente de no ficción Barlin Libros, dentro de su colección Paisaje.

El libro parte de una creencia presente en nuestros días y observada por las autoras, que se repite como si de un auténtico mantra se tratara: “un pasado que se olvida está condenado a repetirse” (p. 23). Parece que todo el mundo está de acuerdo en que dicha creencia es cierta y por ello se confía ciegamente en “los efectos salvíficos de la memoria” (p. 13). Las políticas de memoria, por esa razón, cobran sentido para las personas y las sociedades, pues se deposita en ellas la confianza de promover y asegurar un futuro mejor. Desde las primeras páginas las autoras dejan clara su postura en torno a esta creencia y adelantan los resultados de su análisis a modo de hipótesis: “el despliegue de políticas de memoria no es sinónimo necesario del desarrollo de sociedades más pacíficas y tolerantes” (p. 14).

Con el fin de desarrollar su hipótesis de trabajo las autoras estructuran el libro en tres capítulos. Resulta útil la propuesta sobre la estructuración de la obra que expone Jordi Guixé¹ en el prólogo, a partir de tres cuestiones que vertebrarían cada una de las tres partes: ¿qué son las políticas de memoria y para qué sirven?, ¿qué es lo que realmente hacen? y ¿por qué no puede suceder lo que se espera de ellas? En un primer capítulo, dedicado a abordar qué son y para qué sirven, las autoras dedican además unos cuantos apuntes a “lo que se espera que sean”, tal y como indican ellas mismas en el título de este primer apartado. En el segundo capítulo, al tratar de analizar lo que realmente hacen, más allá de lo que son teóricamente, se centran en casos de estudio concretos y en espacios donde tratan de aplicarse, como son las escuelas, los museos, las comisiones de verdad o incluso los juicios, pese a tratarse de “delitos rara vez perseguidos” (p. 90). Por otro lado, en el capítulo tercero –por qué no puede suceder lo que se espera de las políticas de memoria– llevan a cabo una explicación sociológica, así como desde la perspectiva de la psicología social, para dejar claro que “no son suficientes las lecciones sobre el pasado cuando te entregan un arma para matar” (p. 107). Además, este apartado distingue un espacio dedicado a tratar una pregunta más: si las políticas de memoria no producen los

¹ Jordi Guixé Corominas es director del Observatorio Europeo de Memorias (EUROM) y profesor asociado de la Universidad de Barcelona. Ha editado recientemente, junto con David González Vázquez, un libro titulado: *El patrimonio del conflicto. Debates y experiencias entre memoria y materialidad* (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2024).

resultados esperados y deseados, “¿por qué seguir haciendo uso de estas políticas?” (p. 114).

Como puede observarse, nos encontramos ante un libro repleto de interrogantes. Tal vez las certezas como respuesta no predominan tanto como nos gustaría durante la lectura de sus páginas, pero tal vez ahí reside su interés. Su objetivo no es proporcionar a quien lee una guía de acción sobre cómo mejorar las políticas de memoria, sino hacerle reflexionar sobre ellas a partir de su continuado y provocativo cuestionamiento. No obstante, no permanecen estancadas en la crítica, sino que van más allá para proponer dejar de centrarlas en un público abstracto y general, así como despojarlas de su intencionalidad simplemente moral. Para ellas, su poder radica en los efectos relaciones que provocan y no tanto en los efectos que puedan tener sobre un individuo en particular: “es necesario reformular el objetivo. [...] Son las relaciones sociales las que conviene orientar” (p. 136). Además, su contenido debe entenderse más en términos políticos que morales, pues cuando se abordan desde los segundos resultan un fracaso. Son, en definitiva, las relaciones sociales que se construyen y la diversificación de personas que participan en torno a ellas lo que permite que tengan efectos sociales. Porque, en efecto, “aquellos que puede evitar la violencia es, a su vez, lo que la vuelve posible: la relación social en sí misma” (p. 138).

Se trata de un excelente estudio sociológico que desentraña no sólo la cuestión de la ineeficacia de las políticas de memoria para crear sociedades tolerantes, sino el funcionamiento de muchas de las dinámicas sociales de interacción entre personas. Resulta, de hecho, especialmente revelador para aquellas que venimos desde la disciplina de la historia y no estamos tan familiarizadas con el funcionamiento de dichas dinámicas desde una perspectiva sociológica: “No hay valor moral o convicción ideológica que explique en su totalidad –o incluso solo en parte– las decisiones que las personas toman en su día a día” (p. 105), porque “cada individuo ajusta sus propias disposiciones o creencias preexistentes en función de cómo los demás reaccionan a ella” (p. 104). A partir de un amplio y riguroso apoyo bibliográfico, nos adentran en conceptos a la vez conocidos y complejos, como el *habitus* de Bourdieu.² Introducen, asimismo, como se ha mencionado, cuestiones interesantes desde la perspectiva de la psicología social, con autores como Harald Welzer,³ quien parte asimismo de trabajos de historiadores como Christopher Browning.⁴ Además, las autoras respaldan sus análisis con estudios de caso basados principalmente en Francia, pero que abarcan otras latitudes, desde Alemania hasta Sudáfrica, Ruanda o Armenia, pasando por otros países. Tal vez se echa en falta alguna referencia al caso de España, que no es mencionado, un apunte que responde aquí a motivos de interés obvios, pero también y, principalmente, debido a su particular pasado traumático y la puesta en marcha de importantes políticas de memoria desde la muerte de su dictador.

En cualquier caso, una vez llegados al punto de comprender que las políticas de memoria son ineeficaces en la actualidad, todo parece un panorama desolador y pesimista. Al parecer, carece de sentido todo el trabajo que realizamos por ellas, desde desentrañar el pasado hasta la elaboración de actividades divulgativas. La labor desempeñada desde

² Pierre Bourdieu, *El sentido práctico* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2008).

³ Harald Welzer, *Les Exécuteurs. Des hommes normaux aux meurtriers de masse* (Paris: Gallimard, 2007).

⁴ Christopher Browning, *Des hommes ordinaires. Le 101e bataillon de réserve de la police allemande et la Solution finale en Pologne* (Paris: Les Belles Lettres, 1999).

la disciplina de la historia contemporánea se muestra inesperadamente sin importancia para la sociedad y resulta que el conocimiento generado por ella se queda inevitablemente en lo que ellas denominan una “minoría elitista de interesados en la cuestión” (p. 54). Pero justo en ese momento más sombrío se revela el giro del libro y las autoras tratan de mostrarnos el poder de las políticas de memoria, esto es, sus efectos relaciones y su intención política. En su objetivo de dejar de comprenderlas desde una perspectiva moral –“¿y si la moral no pudiera enseñarse?”–, sitúan el foco de atención en la necesidad de desarrollar “un espíritu crítico” –aunque sin dejar del todo claro cómo habría de implementarse– porque “la educación a través de la memoria no puede entenderse como un simple vector para transmitir valores, pues cuando es solo eso, se corre el riesgo de que no sea efectiva” (p. 139). No se trata, pues, de desechar la implementación de estas políticas, sino de modificar su objetivo y la comprensión moral de las mismas.

Para llegar a su propuesta han de abordar previamente lo que son, lo que hacen y lo que se espera que hagan. Con esa intención se detienen principalmente en los lugares donde se implementan y los agentes que trabajan en torno a ellas. Llevan a cabo, de hecho, un pormenorizado recorrido por museos, escuelas, tribunales y comisiones de verdad, a partir de ejemplos de distintos países. Con respecto a los museos, critican la concepción de su destinatario, pues, según se dan cuenta al tratar con distintos estudios, “es el mismo público el que va de un museo a otro” (p. 75), esa “minoría elitista de interesados en la cuestión” (p. 54). Además, los museos suelen fortalecer unos valores ya preexistentes, más que generar en el individuo nuevos y fortalecidos compromisos tolerantes y pacíficos. En las escuelas sucede un poco lo mismo, la influencia de la familia y “las interacciones sociales ordinarias” (p. 68) tienen un gran impacto en la manera en la que el alumnado recibe las lecciones y los mensajes de sus profesores. Por no hablar de las habituales reticencias de los propios docentes o directamente su desinterés en cuestiones de memoria. Asimismo, existe una gran masa de indiferentes y resulta complicado competir contra su “tibieza” (p. 64) con alguna y anecdótica actividad memorialista. Por otro lado, las comisiones de verdad, así como muchos de los juicios celebrados para condenar a criminales de guerra, acaban confiando ciegamente en las herramientas políticas de reconciliación, en las amnistías y en la apelación al individuo de acuerdo con recursos emocionales. No se suele poner el foco en la sociedad, sino en el individuo, tanto en la figura de la víctima como en concretos perpetradores, como si de un problema individual se tratara. En suma, “no se puede, en el breve espacio de tiempo de una clase de ‘ciudadanía’, una visita a un museo o una vista judicial, persuadir a alguien para que aplique, sin haberlo hecho antes, un principio de tolerancia que tenga repercusión en todas sus acciones” (p. 96).

Con respecto a los agentes que trabajan en torno a las políticas de memoria, se centran en lo que denominan “emprendedores de la memoria”, a partir del concepto propuesto por Michael Pollak.⁵ También abordan el llamado “turismo de la memoria” (p. 129), fijando su atención en la gran cantidad de profesionales involucrados, que poseen motivaciones diversas –“emocionales, de prestigio, de convicción genuina sobre el deber de memoria, de satisfacción intelectual, así como por la simple y prosaica remuneración económica” (p. 127)– y que acaban en muchas ocasiones mercantilizando el pasado. Sin embargo, pese a ser conscientes de que este “turismo de la memoria” convierte a veces

⁵ Este sociólogo utilizó el término de “empresarios de la memoria” y fue uno de los primeros en describir este tipo de agentes sociales. Véase Michael Pollak, *Une identité blessée* (Paris: Métailié, 1993).

sufrimientos y traumas pasados en “atracciones de feria” (p. 130), no son partidarias de juzgar todo ello desde una perspectiva moralista, pues estos lugares y actividades “son algo más que una forma de *voyeurismo* perverso” (p. 131) y poseen en realidad un poder político y, lo que es más importante, una fuerza social derivada de sus efectos relacionales. En sus propias palabras: “las políticas de memoria son proposiciones morales cuya dinámica y efectos pueden comprenderse mejor cuando no se juzgan desde una única perspectiva moralista” (p. 132).

Para terminar, el libro propone una última cuestión: “¿Son las políticas de memoria una utopía?” (p. 133). Lo cierto es que, para las autoras, es ingenuo esperar que estas políticas formen una ciudadanía más tolerante, de modo que, si se pone el foco en sus objetivos morales, parecen concluir con una respuesta positiva a tal interrogante. Incluso desde la perspectiva de sus objetivos pedagógicos, resulta asimismo inocente creer que el aprendizaje del pasado para “nunca más” repetir sus errores tiene posibilidades reales de crear una resistencia social en caso de que surja en el presente una nueva situación de violencia. En definitiva, “nos engañamos sobre la capacidad de los mandatos morales para moldear de forma sostenible el comportamiento” (p. 137) y, sobre todo, de aquellos mandatos e instrucciones transmitidos por una única autoridad. Las políticas de memoria, tal y como son analizadas a lo largo de las páginas de este libro, si pretenden llegar a establecer valores de tolerancia y justicia duraderos y generalizados, deben apoyarse en un amplio abanico de agentes significativos y en los efectos sociales que originan las continuas e indirectas relaciones que se producen entre ellos, si bien, para desgracia de muchos, “el resultado final dependerá de los avatares de la interacción social” (p. 141).⁶

En suma, se trata de un libro que cuestiona muchas de las concepciones aparentemente asentadas en cuanto a las políticas de memoria se refiere. Proporciona, por ende, una lectura reflexiva y provocadora, que fomenta el desarrollo de nuevas formas de entender estas políticas y nuevos caminos de investigación con respecto al tema de la memoria en nuestras sociedades. Tal vez la apertura de nuevas vías de estudio se sitúe a partir de esta lectura en cómo desarrollar eficazmente actividades memorialistas desde un posicionamiento político y hacia un público amplio pero delimitado a su vez, así como de qué manera conjugarlas con el desarrollo de un espíritu crítico en las aulas. Resulta, en efecto, un tema profundamente complejo, pero, a su vez, inevitablemente necesario para avanzar hacia un futuro más pacífico, igualitario y tolerante.

Pilar Coloma Aceña
Universidad de Zaragoza
pcoloma@unizar.es

Fecha de recepción: 9 de diciembre de 2025
Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2025

⁶ El pensamiento probabilístico de los comportamientos sociales en su dimensión relacional es analizado por el sociólogo Maurice Halbwachs, que las autoras toman como referencia, en su obra: *La Théorie de l'homme moyen. Essai sur Quetelet et la statistique morale* (Paris: Alcan, 1912).

Fecha de publicación: 31 diciembre de 2025.

Para citar este artículo: Pilar Coloma Aceña, “Reseña de Sarah Gensburger y Sandrine Lefranc, *Tejer el pasado. ¿Para qué sirven las políticas de memoria?* Valencia: Barlin Libros, 2024, 155 págs.”, *Historiografías*, 30 (julio-diciembre 2025), pp. 165-169.